

# bioètica & debat

## Reflexiones de un anciano centenario

vol. 14, núm. **53**  
monográfico 2008  
TRIBUNAL ABIERTA DEL  
INSTITUT BORJA DE BIOÈTICA  
4 euros

### sumario

Reflexiones de un  
anciano centenario

2

Editorial: Moisès Broggi,  
100 años: ciencia y  
trascendencia

3 a 8

Algunas consideraciones  
sobre el sentido de la vida

9 a 16

El proceso somático  
de la vejez

17 a 19

Sobre el declive físico  
y el consuelo espiritual  
de los ancianos

20

Biografía



Fotografía: Pere Virgili

Institut Borja de  
**Bioètica**

Universitat Ramon Llull

## Moisès Broggi, 100 años: ciencia y trascendencia

### bioètica & debat

#### DIRECCIÓN

Ester Busquets Alibés

#### CONSEJO DE REDACCIÓN

Francesc Abel Fabre

Jordi Craven-Bartle

Pau Ferrer Salvans

Ramon M. Nogués Carulla

Jaume Terribas Alamego

Núria Terribas Sala

#### COLABORADOR

Moisès Broggi Vallès

#### DISEÑO Y MAQUETACIÓN

María José Abella Sánchez

#### CORRECCIÓN

María Fullana Montoro

#### IMPRESIÓN

Ediciones Gráficas Rey

Depósito legal: B-29288-1999

ISSN: 1579-4865

#### EDITA

Institut Borja de Bioètica,

Fundación Privada

c/ Santa Rosa, 39-57, 3ª planta

08950 Esplugues de Llobregat

(Barcelona)

Telf. 93.600.61.06

Fax. 93.600.61.10

bioetica@ibb.hsjdbcn.org

www.ibbioetica.org

Ayer, como hoy, algunas personas han sabido encarnar excepcionalmente los valores humanos en su expresión más noble, los cuales podríamos resumir como valores espirituales: servicio, compromiso, rectitud, coherencia, fortaleza en las situaciones más difíciles, fidelidad a toda prueba, amistad y solidaridad, que sin duda son modelos ejemplares para todas las personas que buscan superarse.

Una figura ejemplar en nuestro país es, sin ninguna duda, el Dr. Moisès Broggi, cirujano innovador y humanista en el sentido estricto de la palabra. Para mí fue un motivo de satisfacción el contacto personal con el Dr. Broggi, cuando formé parte de la Comisión Deontológica del COMB bajo su presidencia (1976-1986): vi que era una persona con muchos valores, de mentalidad abierta y capacidad de diálogo. Durante toda su vida ha mostrado una fina sensibilidad ética y una máxima ponderación en sus juicios. De esta manera, al constatar su perfil idóneo para la reflexión bioética, le propuse, en el inicio mismo del Institut Borja de Bioètica, que aceptara formar parte de éste, juntamente con el Cardenal Narcís Jubany, asumiendo la Presidencia después del fallecimiento de este último (1996). Y desde el año 2003 hasta estos momentos, el Dr. Broggi es el Presidente de Honor, ha participado siempre en la dinámica del Instituto y ha aportado su sabiduría y experiencia vital y profesional al desarrollo mismo de la bioética que, a través de los años, hemos ido configurando.

El aspecto que más me interesa subrayar en esta editorial es el mismo que indiqué cuando me lo pidió la Reial Academia de Medicina de Catalunya. El Dr. Broggi es un hombre profundamente religioso, que afirma con claridad su fe en la existencia de Dios y que sin Dios nada tiene sentido. La concreción teológica de su espiritualidad resiste cualquier intento de clasificación. Él considera un problema importante no resuelto, la relación espíritu-materia, y se siente muy incómodo ante las explicaciones dualistas alma-cuerpo. Encuentra acertada

la superación de esta dualidad en la explicación que da el gran neurofisiólogo Sir John Eccles (1903-1997), Premio Nobel de Medicina (1963). El problema básico es explicar cómo las cosas puramente inmateriales, como son el pensamiento y las ideas abstractas, pueden influir y actuar sobre las estructuras materiales, como son las neuronas corticales. Eccles consideraba en el cerebro dos unidades fundamentales, una material, que es la neurona o célula nerviosa, con todas sus formas y complejas interrelaciones, y otra mental o psicomática, no sujeta a las leyes de la materia, inmaterial, y quizá intemporal. "Los estudios y teorías de Eccles hacen compatibles y armonizan la ciencia y la filosofía, los conocimientos y la tradición y, según sus propias palabras, serían un primer escalón en el conocimiento sobrenatural del Yo consciente, un misterio que supera la comprensión científica".

El Dr. Broggi nos dice que debemos aceptar que la ciencia ha llegado a dominar la vida del hombre y que éste no ha conseguido cultivar suficientemente aquellas cualidades que constituyen la base del humanismo, del sentido moral y de la capacidad intuitiva de comprenderse a sí mismo, a la propia naturaleza interior. Hemos conseguido muchos conocimientos, pero no la sabiduría. *La sabiduría no puede surgir de un conglomerado inacabable de información, sino de una capacidad intuitiva que está oculta en cada persona, y de un elevado sentido de la compasión que ha de englobarlo todo.*

Moisès Broggi, como los geofísicos actuales, cree que el cosmos está en continua expansión y evolución, y que la evolución progresa hacia el espíritu y el espíritu se completa en el conocimiento sobrenatural. Teilhard lo identifica con el Personal Supremo, que es el Cristo Universal. Dos caminos actuales para intentar comprenderlo mejor son: la autotrascendencia activa que Karl Rahner y la teología cristiana actual sobre el Espíritu Santo. Probablemente Broggi, nuestro amigo y maestro, responderá: "estudiemos, oremos y amemos".

**Dr. Francesc Abel Fabre, s.j.**

# 1. Algunas consideraciones sobre el sentido de la vida

La vida humana, como la vida de cada especie en general, está sometida a su propio ritmo en el curso del tiempo y nadie puede escapar a él. Empieza con el nacimiento y sigue con la infancia, adolescencia, juventud, madurez y al final, la vejez y la muerte. C. Jung lo compara con el recorrido que hace el sol, que, cuando se despierta por la mañana, brilla con una luz casi imperceptible y, a medida que se va alzando en el cielo, va aumentando su luz y calor, hasta llegar a la máxima potencia en el punto culminante del mediodía, para empezar a decaer después, hasta sumirse en la oscuridad de la noche. Asimismo, la vida se va desarrollando en el curso del tiempo en forma de etapas con características propias y perfectamente definidas: la infancia y adolescencia, con sus ilusiones y la aparición de la sexualidad, la juventud y madurez, con la lucha por la propia vida y por la de los hijos que crecen y, por fin, la vejez, con una ostensible declinación de las funciones vitales, con la pérdida de la fuerza muscular, la agudeza de los sentidos y la capacidad para el trabajo, situación que hace prever la proximidad de la muerte.

Esta forma en que se desarrolla la vida se da de una manera natural, precisa y regular; no tiene nada de confusa ni desordenada y, en caso de presentarse alguna perturbación, es la misma naturaleza la que tiende a recomponerla, igual que si existiera en ella misma una fuerza ordenadora. Este concepto de auto-organización abarca todos los niveles, incluso el del surgimiento de la vida y el cerebro humano, portador del intelecto, como una especie de computadora complicadísima que se ha hecho a sí mismo a consecuencia de dicha auto-organización universal, cosa que hace pensar en la existencia de una vinculación sobrenatural por encima de la racionalidad científica.

Sabemos poco del origen de la vida sobre la tierra; parece posible que se

originara por la síntesis química de grandes moléculas auto-reproductoras, que seguirían progresando por un proceso de evolución natural, como afirman los darwinistas; pero no deja de ser sorprendente que la simple materia llegara a superarse a sí misma, produciendo el pensamiento y todo el universo de la mente humana; no obstante, se sabe que existe una estrecha relación entre los fenómenos mentales y determinados procesos cerebrales.

*Siempre ha sido un tema de supremo interés pensar sobre el origen y finalidad de la vida del hombre*

Siempre ha sido un tema de supremo interés pensar sobre el origen y finalidad de la vida del hombre. Según unos, se trataría de un objetivo final, del cenit de la creación, producto de un acto creador que tuvo lugar en un tiempo pasado y en un punto preciso y finito *creatio originalis*, o bien, según otros, no sería más que una simple anilla de la cadena evolutiva *creatio continua*, o fuerza evolutiva que actuaría permanentemente y que, desde un infinito pasado, velaría por la vigencia, mantenimiento y protección de las leyes naturales. Este poder de auto-organización alcanzaría todos los niveles, incluso al surgimiento y desarrollo de la vida.

Todo ello implica la necesidad de un poder proyector cósmico y nadie comprende que se diseñe ni se mantenga nada sin una finalidad determinada. A la ciencia, le es difícil aceptar otros motivos existenciales que no sean los puramente materiales y sobre todo que vinculen nuestro mundo a influencias sobrenaturales por encima de la realidad científica. Actualmente, a medida que se profundiza más en el estudio de la física y la biología, cada vez se ve

más claramente que la materia sola no lo explica todo y que es necesario aceptar la existencia de fuerzas inteligentes que escapan a nuestra comprensión y que son las que lo propulsan todo.

*A la ciencia, le es difícil aceptar otros motivos existenciales que no sean los puramente materiales y sobre todo que vinculen nuestro mundo a influencias sobrenaturales por encima de la realidad científica*

La situación privilegiada del hombre sobre los otros seres se debe al desarrollo cerebral que le ha proporcionado el intelecto, el cual le ha permitido conocer y estudiar la naturaleza y sus leyes y también la creación de la técnica, con la que ha podido dominar el mundo, creyéndose el rey de la creación. Este mismo intelecto también le ha dado la posibilidad de poder escoger diferentes respuestas ante un mismo estímulo, lo cual ha sido, indiscutiblemente, uno de los factores adquiridos que más ha contribuido a dicha superioridad sobre la tierra y los demás seres. Pero con la aplicación del libre albedrío, el hombre también se ha hecho responsable de actuar peligrosamente sobre el orden natural.

En este sentido, los demás animales, faltados de intelecto, actúan por instinto, es decir, actúan de una manera inconsciente y muy arraigada ante los estímulos exteriores, sin intervención de la inteligencia. Con esta conducta instintiva están por debajo del hombre, pero debemos decir que, de esta forma, han podido sobrevivir y mantener durante muchos milenios un equilibrio armónico en la población de la tierra, mientras que ahora, el hombre, tan bien dotado con su intelecto y su técnica, lo está perturbando gravemente.

Nuestra cultura occidental está marcada por el signo del materialismo y, en este sentido, la ciencia ha logrado revelar los secretos más íntimos y sutiles de la materia y los mecanismos de la vida. Nos parecía, pues, que por este camino deberíamos encontrar la explicación de todas las cosas, pero no solamente no ha sido así, sino que, en último término, la vida y la misma ciencia nos revelan que todo es efímero y está destinado a desaparecer, empezando por nosotros mismos. Desde este punto de vista, no es posible encontrar un sentido a la vida, ya que, si venimos de *la nada* y vamos a parar a *la nada*, no es de extrañar que sean muchos los que, con esta idea, encuentren un gran vacío en sus vidas, pues esto no se puede asumir sin sentirse angustiado. El hombre no puede vivir sin esperanza. Este vacío existencial constituye la neurosis colectiva más frecuente de nuestro tiempo y, muchas veces, se intenta compensar con la voluntad de poder o de posesión de dinero y bienes materiales o lanzándose a un desenfreno libidinoso, a veces asociado a tendencias agresivas.<sup>1</sup>

*El hombre no puede vivir sin esperanza. Este vacío existencial constituye la neurosis colectiva más frecuente de nuestro tiempo y, muchas veces, se intenta compensar con la voluntad de poder o de posesión de dinero y bienes materiales*

Los grandes progresos que se produjeron en Europa a partir del s. XVI en todas las modalidades de la ciencia y sus múltiples aplicaciones prácticas han sido la admiración de todo el mundo y han hecho que, hasta hoy, la visión del mundo se centrara en la omnipresencia de la materia. Según esta visión, la vida sería únicamente el cuerpo material, destinado a disgregarse y desaparecer, después de lo cual no podría haber nada más.

*La imagen que hoy tenemos de la ciencia y, a través de ella, del universo, de la vida y del hombre, es muy diferente de aquella imagen simple, clara y ordenada que poseían nuestros antepasados más próximos*

En un famoso discurso pronunciado en la apertura del curso de la Academia de Física de Berlín en el año 1889, el físico Hermann von Helmholtz, citado por O. Espengler,<sup>2</sup> decía que “el objeto de la ciencia era el estudio de la materia y de los movimientos que en ella se producen”, y añadía que “en cuanto a la esencia y a la intención de las fuerzas propulsoras de estos movimientos, escapan a la inteligencia del hombre”. Esto, Helmholtz lo decía en un momento en que la mayor parte de los científicos creían que la ciencia acabaría explicándolo todo y, por tanto, podría cambiarlo todo. No obstante, ahora es la misma ciencia la que, tras los más prodigiosos adelantos, nos revela que Helmholtz tenía razón en todos los aspectos, tanto en física como en biología. La realidad se nos presenta mucho más compleja de lo que se había pensado y cuantos más problemas se estudian, más complicaciones aparecen, e incluso topamos con el misterio. Y todos aquéllos que acumulan conocimientos, intentando saberlo todo, quedan decepcionados y ahogados en un mar de dudas y confusiones, y así es cómo la física, que hasta ahora había sido la ciencia más objetiva y materialista, se ha convertido en la más propensa a las especulaciones filosóficas por los enigmas que presenta. La imagen que hoy tenemos de la ciencia y, a través de ella, del universo, de la vida y del hombre, es muy diferente de aquella imagen simple, clara y ordenada que poseían nuestros antepasados más próximos.

La física actual nos dice que las partículas cuánticas (infinitamente pequeñas) y

el cosmos (infinitamente grande), están íntimamente relacionados. Mediante la comprensión de una de estas dimensiones, podemos entender la otra, ya que la misma coherencia que rige la escala cuántica rige también la cosmológica.

No es de extrañar que los científicos más expertos queden azorados al contemplar la inmensa y perfecta coherencia matemática de todo el mundo físico y se planteen los grandes interrogantes: ¿a qué y a qué fin va encaminada esta coherencia? ¿Por qué esto no nos hace posible negar la existencia de una unidad básica, resultante de una inteligencia dinámica, en evolución constante, que funcionaría a todos los niveles?

*Es cierto que cada vez conocemos con más detalle y profundidad la constitución de la materia y los movimientos que en ella se producen, pero la esencia y la intención de estas fuerzas impulsivas escapan, y siempre han escapado, a nuestra inteligencia*

Tal como decíamos antes, es cierto que cada vez conocemos con más detalle y profundidad la constitución de la materia y los movimientos que en ella se producen, pero la esencia y la intención de estas fuerzas impulsivas escapan, y siempre han escapado, a nuestra inteligencia.

En el mundo de la biología pasa lo mismo que en el terreno de la física. También en él se ha llegado al conocimiento de las estructuras y los elementos microscópicos más diminutos del cuerpo humano, y del estudio de los órganos y los tejidos se ha pasado al de las células y moléculas y al de los elementos físico-químicos, cuyas reacciones controlan y condicionan los fenómenos más sutiles de la vida, y se ha llegado a conocer la celebre molécula del ADN

que nos viene dada por vía genética y dirige nuestra estructura y ciclo vital.

Los antiguos hablaban del *impulso vital* como de una fuerza misteriosa que nos vendría dada en el mismo momento de la fecundación e iría propulsando y dirigiendo toda la evolución del ser vivo hasta el momento de la muerte, fuerza a la que Aristóteles designó con el nombre de *entelequia*. Hoy día, la ciencia ha llegado a materializar esta fuerza vital en una molécula, sobre la cual podemos actuar, pero esta molécula tan importante sólo es el vehículo de dicho *impulso vital*, y seguimos pendientes del misterio de la entelequia, según el cual, el plan o proyecto a que estamos sometidos los seres vivos actúa en el tiempo como cualquier ordenador, lo que también plantea la existencia de una fuerza dinámica e inteligente con finalidad ordenadora y, exactamente igual que en la física, las fuerzas que propulsan y dirigen los movimientos que se producen en la materia viva parece que radicarán en ella misma.

Debemos considerar dos clases de organismos: las máquinas y los seres vivos, y ambos realizan sus funciones gracias a fuerzas físico-químicas. Las dificultades que se presentan para comprender el problema de la vida no consisten en explicar el curso normal de sus actividades, ya que ello tiene lugar de una forma totalmente parecida al trabajo de una máquina. El enigma se nos presenta en la producción de la estructura, que, en la máquina, reside en la imaginación y en la actuación del inventor que la ha construido de conformidad con un fin, mientras que, en el ser vivo, se trata de una estructura cambiante, según una programación precisa que se desarrolla en el curso del tiempo y va dirigida a un fin que desconocemos.

Cuanto más se profundiza en el estudio del ser vivo, más impresionante resulta comprobar cómo los más mínimos detalles responden a un intento de colaboración con el conjunto del organismo y cómo éste obedece a una programación dirigida que controla los



cambios que se producen a lo largo de la vida, marcando el destino biológico, cuya esencia y finalidad ignoramos, cuya esencia y finalidad ignoramos, aunque conozcamos las moléculas que lo conducen, procedentes del genoma.

Por un lado, del examen de las funciones y la disposición de los elementos que constituyen los seres vivos, se deduce que todo va encaminado a asegurar el cumplimiento de su ciclo vital, a asegurar la propia vida y la de la especie, pero, por otro lado, todos sabemos que el fin del ciclo vital es la muerte y la descomposición del cuerpo, de forma

que todos los elementos, tan maravillosamente dispuestos y acoplados para defender la vida, están actuando para algo destinado a la desaparición, cosa que carece de sentido, a no ser que pensemos en la existencia de algo inmaterial, con un fin no temporal inasequible a nuestros métodos de percepción.

Ya hemos dicho que, ahora, los científicos reconocen que la materia no explica todos los fenómenos de la vida. Esta idea del alma como principio animador invisible nos viene de muy lejos y de las más antiguas filosofías. Dicen que

el mismo Budha, poco antes de morir, pronunció las siguientes palabras: “sé que mi fin se acerca, que la vida es cambio constante y que nadie puede escapar a la desintegración corporal. En estos momentos, ya siento cómo mi cuerpo se va desmoronando, exactamente igual que un viejo coche usado y dilapidado, después de haberme servido de él en este penoso viaje por esta vida. No os lamentéis vanamente y pensad que, en este mundo, no hay nada permanente y no existe el vacío de la vida humana”, y acaba diciendo: “no debéis olvidar nunca que la muerte es sólo el final del cuerpo físico, y la verdadera persona no es el cuerpo humano, sino que es el alma, y esto existirá siempre”.

*Ya hemos dicho que, ahora, los científicos reconocen que la materia no explica todos los fenómenos de la vida*

Tampoco es cierto que vengamos de *la nada*. Los estudios de genética nos dicen que nuestros genomas vienen de nuestros más remotos antepasados, y la sangre del feto es la misma que la de la madre, de manera que la vida no empieza ni acaba, y todos formamos parte de un gran conjunto de formas cambiantes. Además, la materia que constituye nuestro cuerpo no es la esencial, sino que forma lo que los físicos denominan un sistema estacionario que cambia continuamente, conservando una forma igual o parecida a sí mismo. Es lo que pasa con una llama o un río, en que el agua o las partículas incandescentes que los forman cambian continuamente. De hecho, los fisiólogos calculan que, en menos de diez años, toda nuestra materia corporal se renueva totalmente, de modo que, desde un punto de vista estrictamente material, yo podría ser otra persona bien diferente de la que era sólo hace diez años. El anterior podría haber muerto y ahora yo ser

otro, aunque conserve un aspecto igual o parecido, si no fuera por la memoria, los sentimientos, los deseos y toda la parte espiritual que constituye el verdadero eje de nuestra personalidad.

¿Por qué nuestra personalidad es mucho más compleja de lo que a primera vista nos podría parecer? De momento y para simplificar, se le pueden atribuir tres planos diferentes: el material, el mental y el espiritual.

Todos los seres vivos son cuerpos materiales, de los cuales conocemos muy bien su composición y estructura, así como el propio ritmo evolutivo de cada especie. Nosotros, en este estudio, nos referiremos a la última etapa de la vida humana, o sea, la de la vejez, y a sus características, una de las cuales es la de ser el prelude de la muerte, pues no puede haber vida humana en ausencia del nacimiento y la muerte. Generalmente, el científico materialista evita el tema del más allá de la muerte, como si fuera un estorbo o se tratara de un tabú. La idea de que hay algo que nos sobreviva a la muerte es antiquísima, como demuestran los numerosos monumentos funerarios de las más antiguas colectividades humanas conocidas.

*La idea de que hay algo que nos sobreviva a la muerte es antiquísima, como demuestran los numerosos monumentos funerarios de las más antiguas colectividades humanas conocidas*

Creo que fue Kapila, cultivador de la filosofía samshya, una de las antiguas escuelas de la cultura indostánica,<sup>3</sup> el primero que expuso que el hombre estaba constituido por tres elementos superpuestos: el cuerpo físico o material, el sutil o mental y el espiritual, que sería el omnipresente y eterno. Esta teoría ahora es aceptada por muchos psicólogos los cuales también confirman que debemos considerar en la

persona humana, además del nivel corporal que conocemos bastante bien, un nivel mental, que es el que imprime carácter al hombre como ser humano. Este segundo plano, en parte material y en parte espiritual, es producto de la evolución de nuestro sistema nervioso, sobre todo del encéfalo, que, además de percibir las cosas del mundo que nos rodea, nos proporciona el pensamiento y todo el intelecto, el lenguaje, los sentimientos, la memoria, la imaginación, el poder de la voluntad y también la percepción de nosotros mismos, con lo cual nos formamos la idea del yo, de un yo separado de todo lo demás. También nos permite formarnos la idea o intuición de la existencia de un mundo inmaterial o metafísico que marca el movimiento de todas las cosas y de nosotros mismos. Los neurofisiólogos<sup>4</sup> nos dicen que existe una zona cerebral especializada en esta autoconciencia de las personas.

Es en este nivel de la mente o segundo nivel de la persona donde nos encontramos con el dualismo o interrelación evidente entre materia (cerebro), y el mundo inmaterial (conciencia), dualismo que nos recuerda el que existe en física entre materia y energía.

Para tener una visión general de la vida y del mundo, debemos recurrir a hipótesis metafísicas y, desde este punto de vista, hay que tener en cuenta que, junto a la maravillosa evolución material, sobre todo cerebral, experimentada por el hombre en el curso de su historia, debemos colocar otra evolución paralela cultural, o del pensamiento, que ha llegado a un nivel donde no sólo se trata de hacer la vida más aceptable y segura, sino que, además, intenta enfrentarse a los grandes problemas del significado de la vida y el sufrimiento. ¿Qué hacemos aquí? ¿cuál es nuestro objetivo? Y naturalmente, también al significado de la muerte. Preguntas que igualmente están en la misma base de nuestra creatividad artística y cultural.

Todo esto ha aparecido con el desarrollo cerebral y nos hace comprender

la necesaria existencia de las fuerzas o principios sobrenaturales que, además de dirigir nuestro ritmo vital, marcan el orden y dirigen los movimientos de todos los cuerpos existentes que llenan el universo y que los antiguos ya denominaban el *espíritu universal*, evidente premonición de la idea del Dios único, que constituye una de las mayores concepciones de la humanidad. Nosotros, como todo lo creado, también estaríamos en posesión de una parte de ese principio divino que confiere un significado cósmico a nuestra existencia y que constituye el tercer nivel al que nos referíamos como espiritual, que todos llevamos dentro y que, como decían las antiguas filosofías, sería una parte o dependencia del principio universal o divinidad que, además de ser el alma de todo, imprime un orden eterno, sin principio ni fin.

*Nosotros, como todo lo creado, también estaríamos en posesión de una parte de ese principio divino que confiere un significado cósmico a nuestra existencia*

Generalmente, el yo mental se identifica con el cuerpo material, con sus deseos, placeres, pasiones, alegrías, sufrimientos y miserias (egoísmo), y sobre todo con el miedo a *la nada*, que está en el trasfondo de todo. Es necesario huir de esta identificación con el cuerpo material y sus atributos, pues éste es el camino de todas las angustias, miserias y del egoísmo, que tan difícil hace la convivencia en nuestro mundo. Hay que saber concentrarse en el elemento espiritual que hemos mencionado, que no se ve ni se siente, pero que mueve todo el universo y nos inclina hacia el amor a los demás y a la naturaleza. Esto, al anciano, le es mucho más fácil, pues el mismo proceso de la vejez, con el desmoronamiento del cuerpo,

le pone en evidencia la carencia de valor, la fugacidad del mundo material y la necesidad de dirigir la mirada hacia el mundo eterno de la espiritualidad.

*Es evidente que ese sentido de la vida debemos buscarlo en el campo ilimitado de nuestra vida interior y en el conocimiento de nosotros mismos. Únicamente así podremos intuir que en la vida hay algo permanente que escapa a la destrucción*

Es evidente que ese sentido de la vida debemos buscarlo en el campo ilimitado de nuestra vida interior y en el conocimiento de nosotros mismos. Únicamente así podremos intuir que en la vida hay algo permanente que escapa a la destrucción. Actualmente estamos entrando en una nueva era de reflexión y reconsideración, sobre todo en los medios científicos, donde se toma conciencia del error que ha representado el desprecio de las filosofías y las religiones tradicionales, que han sido suplantadas por una ciencia incapaz de sustituirlas.

Sobre esta doble posibilidad anímica de nuestra persona, encontramos una evidente analogía con la historia de las dos ciudades de San Agustín. El célebre obispo de Hipona escribió su obra en una época sumamente crítica, en el siglo V d.c., momento en que tuvo lugar el asedio y destrucción de Roma por Alarico y sus hordas salvajes, cosa que representaba en aquellos momentos el desmoronamiento de todo un mundo que tenía casi un milenio de duración y que parecía eterno. Es entonces, en esos momentos de angustia, cuando el obispo de Hipona nos cuenta la historia de las dos ciudades o conjuntos humanos, tan antagónicos como el mal y el bien: la *civitas diaboli* y *civitas dei*, la terrenal y la celestial, que surgen de dos amores: del amor a sí mismo hasta el desprecio

de Dios, en el primero, y del amor a Dios hasta el desprecio de sí mismo, en el segundo. Creo que esta simbología puede aplicarse muy bien a nuestra personalidad, en el sentido de que la mente tanto puede identificarse con el cuerpo material como con el plano espiritual, teniendo en cuenta que el amor al prójimo y a todo lo demás es amor a Dios, mientras que el amor a sí mismo sólo busca la propia gloria y no sabe elevarse, ni siquiera en la justicia humana.

En cuanto a la muerte, desde la más remota antigüedad, existía la idea de que, en el momento del deceso, algo de la persona seguiría viviendo, abandonando el cuerpo para reunirse con los antepasados y disfrutar de la paz eterna. Esta idea del alma sobreviviente se nos muestra simbólicamente grabada en los restos funerarios de las civilizaciones más antiguas. Por ejemplo, los egipcios y babilónicos se manifiestan con unas confusas ideas sobre la existencia de un doble cuerpo. Cuando el cuerpo externo o visible muere, es necesario conservar el cadáver, pues todo daño o perjuicio sobre éste repercutiría sobre el otro. De aquí, la gran solicitud y cuidado que ponían en el embalsamamiento de los cadáveres, que procuraban sepultar en lugares apartados de toda posibilidad de profanación y de difícil acceso. Otras culturas tenían la idea del alma como de una entidad no material y separada del cuerpo y, por tanto, optaban por la cremación como método más rápido para separarla del cuerpo en su fase de descomposición.

*El hombre necesita creer en un más allá y en las religiones que dan un sentido a la vida. Además, la ciencia, con sus últimos avances, nos dice que la misma vida también es un misterio*

Ya hemos dicho que todo esto no tiene nada de científico ni de compro-

bable, pues nos movemos en el terreno del misterio, pero también hemos dicho que el hombre necesita creer en un *más allá* y en las religiones que dan un sentido a la vida. Además, la ciencia, con sus últimos avances, nos dice que la misma vida también es un misterio, pues todavía no sabemos muy bien si nuestro mundo perceptible se corresponde o no con la realidad. Esta realidad que observamos y analizamos y que constituye la base de nuestros conocimientos es la que nos revelan nuestros sentidos y no sabemos hasta qué punto éstos captan la verdadera realidad. Cuanto más se avanza en el conocimiento de nuestro mundo sensorial, mayores son las dudas de cómo es la realidad, pues hay indicios evidentes de que existe un mundo mayor, más rico y diverso que el que nosotros percibimos y del que quedamos excluidos por las limitaciones de nuestros sentidos y de nuestra mente.<sup>5</sup>

*No es posible contemplar la estricta perfección con que todo se realiza sin que resulte nada fácil atribuirlo a causas físicas ciegas o a la simple casualidad*

Además, no es posible contemplar la estricta perfección con que todo se realiza sin que resulte nada fácil atribuirlo a causas físicas ciegas o a la simple casualidad. Es preciso aceptar la existencia de unos principios generales que actúan y gobiernan todo lo que existe, lo cual significa que debemos dar cabida a otro tipo de realidad que lo abarque todo, no objetivable y, por tanto, no detectable por métodos científicos. Sobre este punto, podemos muy bien decir, al contemplar la maravillosa inmensidad del cosmos y la misma complejidad y perfección del cuerpo humano, que se nos aparecen como una operación única, calculada con extrema precisión, igual que todos los fenómenos del universo. Podemos explicarlo todo de muy dife-

rentes maneras y apoyarnos en teorías diversas, aunque en ellas intervenga más la imaginación que la razón, pero creer que todo ha sucedido por azar nos parece completamente inaceptable.

Hay dos enfoques mentales del yo: el primero, que es puramente objetivo, el de la unión con el cuerpo material, y el segundo, el de la unión espiritual, que es el que admite como necesaria la intervención subjetiva del hombre. Podemos decir que los dos son difíciles de compaginar y, por regla general, el que sigue uno de los dos deja de considerar el otro. El primero es el que nos lleva al egoísmo con todos sus defectos y calamidades, pero, sin moverse de las estructuras materiales, es el que nos permite investigar todos los detalles del mundo circundante, constituyendo la base de la ciencia, pero sin ninguna indicación sobre los resultados ni los fines, ya que el método científico se muestra incapaz de ir más allá de los límites marcados por las estructuras materiales, ni de decir nada de los niveles no materiales, tanto del cosmos como del hombre, ni sobre la existencia de un principio común, sobre el cual antiguos filósofos de hace casi tres milenios decían que "la fuerza que mueve las estrellas es la misma que hace latir el corazón del hombre".

*Debemos tener en cuenta también que las verdades científicas no son superiores ni más plausibles que las especulaciones sobre saber qué somos, de dónde venimos y adónde vamos. La ciencia no puede vivir apartada y ciega frente a las sugerencias, dudas y el vuelo imaginativo que nos revela el humanismo*

Este punto de vista metafísico se basa en la intuición directa, conside-

rando apriorísticamente las diferentes formas de la realidad unidas a un principio común, en contraposición al método objetivo, que se limita a lo que se ve y se toca. Según muchos pensadores modernos, estas dos posiciones deberían complementarse para conseguir una visión del mundo cumplida y equilibrada. Debemos tener en cuenta también que la objetividad es una creación subjetiva del hombre y que las verdades científicas no son superiores ni más plausibles que las especulaciones sobre saber qué somos, de dónde venimos y adónde vamos. La ciencia no puede vivir apartada y ciega frente a las sugerencias, dudas y el vuelo imaginativo que nos revela el humanismo.



## 2. El proceso somático de la vejez

Tal como hemos dicho, la vida tiene un curso cíclico que nos viene dado genéticamente y que acaba con la vejez y la muerte. Todo lo que empieza, acaba, y todo lo que nace debe morir indefectiblemente. Ésta es una ley general e ineludible en los seres vivos: cada especie tiene programada su propia evolución vital en el curso del tiempo.

La ciencia nos explica muy bien todos los cambios que se dan en nuestro organismo en el curso del tiempo y, por tanto, también los que configuran las características de la vejez. Estos conocimientos se amplían cada vez más, llegando a los más mínimos detalles, pero, contrariamente y respecto a los designios, sólo sabemos que la vida es limitada y debemos someternos a su ritmo. Es más, la debemos aceptar como un hecho normal y necesario. Y ello se refiere a todas las formas de vida, entre las cuales existe un equilibrio que se mantiene siguiendo esta ley de la muerte y nacimiento, junto con la lucha por la existencia. K. von Frisch, célebre zoólogo, calculó matemáticamente que un solo insecto, una mosca de reproducción rápida que rompiera este equilibrio, adquiriendo el secreto de la inmortalidad, en pocos meses habría producido muchos millones de insectos iguales a él y si éstos conservarían el mismo secreto, al cabo de unos decenios, toda la superficie de la tierra quedaría cubierta por una densa capa de moscas de muchos metros de altitud que haría imposible todo el equilibrio ecológico y destruiría la biosfera.

El hombre no ha encontrado el secreto de la inmortalidad, pero sí el de vencer a muchos de sus enemigos naturales, por eso la vida humana se ha prolongado considerablemente en detrimento de otras especies. Este hecho puede ser una amenaza seria para el equilibrio ecológico. Como puede verse, la muerte es inseparable del

nacimiento y de la misma vida, y posiblemente será un error ese intento perseverante del hombre de prolongarla.

*El hombre no ha encontrado el secreto de la inmortalidad, pero sí el de vencer a muchos de sus enemigos naturales, por eso la vida humana se ha prolongado considerablemente*

No es fácil establecer límites precisos entre las diferentes etapas de nuestra vida, ya que, en este proceso vital, aparte del factor genético, que es prevaiente, existen otros factores a considerar, sobre todo en la fase descendente, donde se acumulan motivaciones diversas que hacen que el cuadro de la vejez no sea preciso ni uniforme.

En primer lugar, debemos considerar que el tiempo no es igual para todos, pues, además del tiempo cronológico, existe uno biológico, y aún otro, al que podríamos denominar psicológico.

El primero, o cronológico, es constante e igual para todos, ya que está basado en el movimiento de los astros que determinan el día y la noche, el invierno y el verano, y nos viene marcado inexorablemente por el reloj y el calendario. Sin embargo, a su lado, debemos colocar otro interior, o biológico, que depende mucho del consumo energético y del metabolismo, de manera que, si consultamos las tablas metabólicas, encontraremos que las calorías que necesita la máquina humana se van reduciendo diariamente en el curso de la vida, es decir, el anciano vive su vida más lentamente y, en este sentido, para él, el tiempo no tiene el mismo valor que para un niño; para el anciano, un año no es nada, pues pasa rápidamente, mientras que,

para el niño, es un tiempo considerable. Para hacerse cargo de esto, es muy demostrativo el esquema de A. Carrel.

Este biólogo y médico francés lo representa como si una persona caminara por el margen de un río en igual sentido que la corriente del agua. El río representa el mundo exterior, el curso de los acontecimientos, y el hombre que corre, la vida de la persona. Al principio, el hombre va muy deprisa. Esa imagen es muy demostrativa de lo que es el tiempo biológico, que no se corresponde con el cronológico. Finalmente, debemos considerar también otro tiempo, que podríamos denominar mental o psicológico, y marca también una duración diferente según las situaciones exteriores o accidentes donde nos encontremos. Por eso, constatamos que no tienen la misma duración unas horas aburridas, o bien las mismas horas junto a la novia, o una vida llena de desgracias, u otra de periodos de bienestar. Así como la primera le parecerá, a la persona, que dura demasiado y hará que acabe deseando la muerte como una liberación, el otro pensará en la muerte con verdadero terror. Por ello, los sacerdotes egipcios decían hace más de tres mil años, según consta en antiguos papiros, que debemos aceptar el sufrimiento y el dolor porque son la mejor preparación para la muerte.

*Los sacerdotes egipcios decían hace más de tres mil años, según consta en antiguos papiros, que debemos aceptar el sufrimiento y el dolor porque son la mejor preparación para la muerte*

Además de combatir las enfermedades con eficacia, la ciencia médica también ha encontrado la forma de alargar

la vida en sus últimos momentos. Se trata de un progreso importante en aquellos casos en que existe una salida, pero constituye una mala práctica en aquellos otros irremisiblemente perdidos. Esos mismos adelantos han conseguido combatir el dolor con mucha eficiencia, de forma que, en caso de necesidad, se puede sumir al paciente en un sueño profundo y tranquilo hasta su extinción. Ello constituye un gran progreso en los casos de muerte lenta, irremediable, acompañada de angustias y sufrimientos, pero resulta muy conflictivo cuando las circunstancias no son así.

*Cuando se descubrió el ADN, la célebre molécula nuclear que viene de nuestros antepasados, se pensó que nos lo explicaría todo*

Referente a los cambios somáticos experimentados en las fases avanzadas de la vida, existen muchos estudios que, si bien dan a conocer las numerosas variaciones que con los años se producen en ella, no acaban de explicar la verdadera esencia del proceso. Aquí nos referiremos a aquel principio vital, o a la entelequia, como decían los antiguos, como fuerza ordenadora inexorable que dirige la evolución de nuestro círculo vital y nos tiene asignada la vejez como última fase de la vida. Cuando se descubrió el ADN, la célebre molécula nuclear que viene de nuestros antepasados, se pensó que nos lo explicaría todo. Esta molécula cumple una función muy importante: mantener vigente el carácter propio de las sustancias que constituyen nuestro organismo. Además, se ha descubierto que el ADN no es infalible en su actuación, de forma que, con el tiempo, se forman proteínas que se apartan del propio modelo y pueden actuar sobre el sistema inmunitario, talmente como si fueran sustancias extrañas, creando anticuerpos que les atacan con un verdadero proce-

so de autodestrucción. La aparición de estos fenómenos constituye un hecho probado que explica un gran número de enfermedades y perturbaciones que suelen acompañar la vejez, y que están en la misma base del conjunto del cuadro de la declinación fisiológica. Sin embargo, la aparición de estos fenómenos no responde a una cronología exacta y, pese a que esta aparición tiene todo el aspecto de algo genéticamente programado, no se ha encontrado la existencia de ningún gen determinante.

Otras teorías atribuyen el proceso de la vejez al desgaste natural de todo lo que funciona. Siguiendo esta teoría, los biólogos calculan que la vida humana debería de tener una duración de unos cien años, considerando que la duración media de un círculo biológico es aproximadamente la de cinco veces el tiempo de crecimiento, que en el hombre es de unos veinte años.

*Los biólogos calculan que la vida humana debería de tener una duración de unos cien años, considerando que la duración media de un círculo biológico es aproximadamente la de cinco veces el tiempo de crecimiento, que en el hombre es de unos veinte años*

Según otros, la causa principal sería la acumulación de sustancias tóxicas resultantes del metabolismo. Los depósitos de colesterol, por ejemplo, y de otros residuos que se producen en el curso de los años, y las alteraciones vasculares que de ello resultan, son tan frecuentes en las personas de edad, que los síntomas y señales de arteriosclerosis se confunden y se imbrican con el cuadro de la vejez, de forma que frecuentemente se ha considerado el estado del sistema vascular como el prin-

cipal determinante de los mencionados signos. Es cierto que las enfermedades cardiovasculares constituyen la causa más frecuente de enfermedad y de muerte en las personas de edad y un factor primordial, pero no único, en la producción del cuadro de la senectud.

*La muerte por la acción única de la edad avanzada es un hecho poco frecuente y que la mayor parte de casos de vejez biológica que vemos en la práctica pertenecen a lo que podríamos denominar vejez secundaria*

Debemos reconocer que en todas estas teorías hay algo de verdad, pero no lo explican todo. Es interesante consignar que, de la lectura de los numerosos trabajos que existen sobre el tema, se deduce que la muerte por la acción única de la edad avanzada es un hecho poco frecuente y que la mayor parte de casos de vejez biológica que vemos en la práctica pertenecen a lo que podríamos denominar vejez secundaria, resultante de incapacidades consecutivas a enfermedades o traumas. Cuando se encontraron las glándulas de secreción interna, se pensó que éstas nos explicarían los mecanismos de la vejez y la manera de influir en ellos, sin tener en cuenta que la vejez es un proceso general y que, con las hormonas, sólo se pueden hacer arreglos o restauraciones parciales, pero no rejuvenecimientos utópicos.

Hace unos años se puso mucho énfasis en las glándulas sexuales y en las correspondientes hormonas, ya que siempre ha estado muy arraigada la idea de que la juventud estaba muy relacionada con la capacidad sexual y, tanto es así, que, para detener el envejecimiento, se preconizaron los injertos de testículo de simio, naturalmente sin que se obtuviera resultado positivo

alguno. Eso ocurría en los años veinte del siglo pasado y desde entonces ha habido mucha agitación sobre las investigaciones endocrinológicas de S. Voronov y sus injertos. La prensa hablaba mucho de este asunto, y hasta se debatió en la Academia donde, según consta en las actas, intervino el célebre biólogo Ramon Turró, que pronunció una frase que definía perfectamente el problema, cuando dijo que la sexualidad tenía más de cerebral que de genital. En efecto, cada vez se confirma más esta concepción y, tanto es así, que recientemente se ha encontrado un centro en el mesencéfalo que es diferente en el hombre y en la mujer; dirige el deseo sexual y hace que el hombre se sienta atraído por la mujer y a la inversa. Así, la naturaleza demuestra su sabia intencionalidad, si bien a veces se equivoca y aparecen hombres o mujeres con el centro cambiado, cosa que explica la homosexualidad.

Las glándulas, como las demás partes del organismo, están sujetas al ritmo del tiempo. El timus, por ejemplo, es una glándula que sólo funciona en la infancia y se atrofia y desaparece al entrar en la pubertad. Las mismas glándulas sexuales se retiran a medio camino de la vida, cuando aparece la menopausia en la mujer y la andropausia en el hombre, perdiendo entonces la función básica del sexo, que es la procreación. Esa posibilidad genética queda bruscamente rota en la mujer por una menopausia ostensible, mientras que, en el hombre, la función testicular, en el sentido de producir células germinales, declina de forma más lenta y gradual. Pero esto es sólo un aspecto de la sexualidad, que es la genital o reproductiva y que, como se ha dicho, es de una temporalidad bastante precisa, porque después del declive genital, la actividad sexual no se detiene, sino que prosigue en los dos sexos hasta edades avanzadas, mucho más de lo que la mayoría de jóvenes piensan. Estadísticas basadas en un gran número de personas de más de sesenta y setenta años, nos dicen que el

65% de mujeres y el 70% de hombres siguen manteniendo actividad sexual, naturalmente siempre y cuando estén bien de salud y dispongan de *partener*.

*El acto sexual deja de ser prioritario, para dar paso a la ternura, la caricia y la relación íntima. Todo tiende hacia el verdadero amor, palabra tan impropia para designar muchas veces la parte física de la sexualidad*

Finalmente, aún queda una tercera etapa, que podríamos denominar sensual o espiritual, que también va unida a la atracción sexual, la cual es permanente, no se pierde nunca, pero se espiritualiza cada vez más. El acto sexual deja de ser prioritario, para dar paso a la ternura, la caricia y la relación íntima. Todo tiende hacia el verdadero amor, palabra tan impropia para designar muchas veces la parte física de la sexualidad.

Hemos visto cómo los diferentes aparatos y sistemas orgánicos se modifican o envejecen a su manera y a un ritmo diferente. Entre ellos, nos debemos referir de una manera especial al sistema nervioso, dado su papel destacado en la determinación de nuestra personalidad. Desde el punto de vista de la vejez, el sistema nervioso, y a pesar de su delicada estructura, es de los que aguantan mejor el paso de los años, pero, si bien es cierto que se altera poco con la edad, en cambio, está sujeto a numerosas causas patógenas, lo que hace que, ante síntomas neurológicos, no podamos dejar de pensar en la existencia de enfermedades concomitantes. Y muchas veces no queda claro lo que corresponde a la edad o a la enfermedad. Éste es el caso de la demencia senil o enfermedad de Alzheimer, que aumenta con la edad a escala casi geométrica, pasando de un 2,5% en la década de

los sesenta a un 20% en los ochenta. De todas formas, el diagnóstico de las enfermedades orgánicas cerebrales no es fácil, pues hay otros síntomas muy frecuentes que se prestan a confusión, como es la psicosis depresiva, endémica en los ancianos, que suele ir asociada a síntomas neurológicos.

Al lado de todos esos cambios somáticos que marcan el camino de la vejez, también debemos tener en cuenta una evolución simultánea de las posibles situaciones y actitudes mentales del hombre frente a la sociedad y a sí mismo, que presentan niveles de envejecimiento muy diferentes. Para simplificar, en este sentido, debemos considerar tres tipos de actividades principales.

La primera está basada en la agilidad, el trabajo muscular y la agudeza de los sentidos. Su máximo rendimiento se encuentra en la tercera década de la vida y después empieza la declinación: un atleta que aspire a campeonatos se considera anciano a los treinta años. Es la primera vejez.

*Cuando parece que todo se ha acabado y que las degradaciones y pérdidas de la vejez lo abarcan todo, aún es posible una tercera etapa que podemos calificar de vida espiritual, que significa el desarrollo de la vida interior*

Después, cuando la actividad física comienza a decaer, la vida intelectual está marcando su ascenso y sigue ascendiendo durante muchos años, más allá de los setenta, porque, además de enfermedades o traumas, el rendimiento cerebral mengua más lentamente que el de los demás órganos y, aún con los años, se van acumulando más conocimientos, información y experiencias vividas que enriquecen las interrelaciones neuro-

nales que están en la base del intelecto y del resto de facultades mentales.

Finalmente, cuando parece que todo se ha acabado y que las degradaciones y pérdidas de la vejez lo abarcan todo, aún es posible una tercera etapa que podemos calificar de vida espiritual, que significa el desarrollo de la vida interior. El anciano acaba comprendiendo que el mundo que le rodea ya no es su mundo y que su mismo cuerpo se está desmoronando visiblemente. Ya no es posible identificar su yo con todo aquello que está desapareciendo, y es necesario dirigirlo en el sentido de aquella parte espiritual y escondida que todos llevamos dentro, que nos conecta con el espíritu divino y nos da una esperanza de vida eterna. Fue Platón quien dijo que generalmente los ojos del espíritu no comienzan a ser penetrantes hasta que los corporales empiezan a declinar.

*Fue Platón quien dijo que generalmente los ojos del espíritu no comienzan a ser penetrantes hasta que los corporales empiezan a declinar*

Un punto importante a considerar es el de la actitud del médico ante el anciano, ya que, por una parte, debemos tener en cuenta que una gran cantidad de trastornos e incapacidades son producidos por el amplio grupo de enfermedades crónicas que también pueden presentarse en adultos de todas las edades, como son las circulatorias, metabólicas, reumáticas, déficits nutritivos y sensoriales, depresiones psíquicas, etc., muchas de las cuales se pueden prevenir, tratar o corregir. Eso significa que una gran parte de los pacientes geriátricos pueden responder a una acción terapéutica convencional apropiada y que no se debe mirar la cura y el tratamiento de los ancianos como un ejercicio sin esperanza, sino como una medicina buena y constructiva. En este

sentido, la gran diferencia entre el anciano y el adulto joven está en que, así como en éste las alteraciones y desórdenes pueden existir largo tiempo sin manifestarse ostensiblemente o de forma amenazante, en el anciano, en cambio, se ven agravadas o potenciadas por el factor de desgaste al que nos hemos referido al principio y, además, porque lo más probable es que se encuentre afectado simultáneamente por varias de las referidas afecciones crónicas. Pero, por otra parte, también debemos tener en cuenta que, en un tanto por ciento elevado de casos, será necesario hacer frente a la realidad de un mal pronóstico y unas esperanzas muy limitadas. En esos casos, nunca debemos dejar de tener en cuenta el papel del médico en sus dos vertientes tradicionales. Por un lado, el aspecto científico, con todos los medios poderosos que el mundo actual ofrece al médico y que le permiten efectuar curaciones en casos que hasta hace poco tiempo se habrían considerado imposibles. Pero, por otro lado, se debe considerar el tratamiento humano que recibe el anciano, tanto por parte del médico como de la sociedad, y en este aspecto vemos cómo, pese a la importancia que ello tiene, los problemas tienden a agravarse y complicarse con el progreso de la ciencia y el desarrollo de la vida moderna.

*Una gran parte de los pacientes geriátricos pueden responder a una acción terapéutica convencional apropiada y que no se debe mirar la cura y el tratamiento de los ancianos como un ejercicio sin esperanza, sino como una medicina buena y constructiva*

Se debe reconocer que los ancianos constituyen un grupo difícil para los médicos, pero proporcionan motivos

de satisfacción cuando responden favorablemente a las medidas terapéuticas corrientes, y también a difíciles y arriesgadas intervenciones. Sin embargo, lo que debe producirnos más satisfacción es cuando, con una mínima pérdida de tiempo y de trabajo, sólo con una simple actitud de amabilidad, comprensión y paciencia, se puede conseguir un gran resultado en el ánimo del paciente, abriéndole una vía de bienestar y esperanza. Esto es, con toda seguridad, lo mejor y más noble que puede efectuar el médico en esos casos extremos, con un precio y esfuerzo mínimos, ya que, de los dos aspectos de la medicina, el científico y el humano, es sin duda el segundo el que tiene la máxima importancia y es éste, precisamente, el que se ve más postergado en nuestra sociedad.

*De los dos aspectos de la medicina, el científico y el humano, es sin duda el segundo el que tiene la máxima importancia y es éste, precisamente, el que se ve más postergado en nuestra sociedad*

A esa situación nos conduce la evolución de nuestra vida moderna, con la crisis de la institución familiar y el materialismo dominante, que constituye el signo más genuino de la época actual. Todo queda supeditado al aspecto económico y, desde ese punto de vista estricto, como hemos dicho antes, el anciano improductivo constituye una carga difícil de soportar, tanto por la familia como por la sociedad. A medida que pasan los años y se prolonga la vida, se acumulan las insuficiencias y la invalidez, y resulta más gravoso su cuidado y mantenimiento, de forma que, muchas veces, la familia, por buena que sea su voluntad, no puede ocuparse debidamente y tiene que recurrir a residencias y hospitales, que, si bien pueden ofrecer todas las atenciones ma-



teriales requeridas, es muy difícil que puedan proporcionar aquella intimidad familiar que es lo que más se necesita, sobre todo en los últimos momentos. En efecto, cuando éstos se presentan, todas las personas que rodean al anciano, muchas de ellas desconocidas, a pesar de que puedan ser excelentes profesionales capaces de resolver todos los problemas que se les puedan presentar, generalmente, cuando la muerte se acerca, se apartan del paciente, unas porque consideran que ya han acabado el trabajo y otras por las propias dudas y angustias sugeridas por el hecho de la muerte. Además, es cierto que la misión del personal sanitario es la de conservar la vida, pero esto tiene un límite y, una vez sobrepasado, sólo se consigue aumentar las angustias, los sufrimientos y los gastos. Por todo ello, el anciano, aunque se vea rodeado de gente y sin falta de atención material, tiene una sensación de soledad y carencia de protección que lo conducen a graves estados de depresión.

En una encuesta realizada en EEUU (1991) sobre 210.000 pacientes en fase terminal, se puso de manifiesto que más del ochenta por ciento declaró que, si realmente estaba en fase terminal con menos de seis meses de vida, prefería pasarlos en su casa, sobre todo por el ambiente, pero también para rehuir el exceso de atención médica.

*En nuestra sociedad hay una crisis profunda del sentido religioso y nos aparta de la espiritualidad. Cuanto mayor ha sido el éxito logrado en el campo material, mayor ha sido también el olvido y abandono de los valores espirituales*

Debemos señalar aquí la gran importancia que tiene la religión en los casos terminales, ya que establece unas normas, da unas explicaciones y señala un

camino de consuelo a todo aquél que tiene fe en sus principios. En el fondo, ese camino es igual o muy parecido al que nos indican las antiguas filosofías, que es el de remarcar el carácter efímero y muchas veces falso del mundo material y de nuestro cuerpo, y concentrar toda la atención hacia aquella parte escondida del espíritu que nos une a Dios y que no tiene principio ni fin.

Por desgracia, ese camino muchas veces no resulta fácil de encontrar, dado el carácter de nuestra sociedad, que nos ha conducido a una crisis profunda del sentido religioso y nos aparta de toda espiritualidad. Cuanto mayor ha sido el éxito logrado en el campo material, mayor ha sido también el olvido y abandono de los valores espirituales, sin los cuales la vida carece de sentido. Por otra parte, debemos pensar que este materialismo actual que todo lo domina incrementa las angustias y temores, porque con esta mentalidad, la muerte representa la desaparición total de todo lo que había sido objeto de

nuestros anhelos y deseos, cosa difícil de asumir sin sentirse completamente defraudado ante un hecho inevitable como es la muerte, que debería ser aceptado con perfecta naturalidad. Sólo esa actitud mental, a la que nos hemos referido anteriormente, de separar nuestro ego del mundo material y dirigir toda la atención hacia la parte profunda de nuestro espíritu que está conectada con el espíritu divino, puede hacernos considerar la muerte como un hecho natural y perfectamente asumible. Verdadero transfer mental, la religión nos ayuda mucho a suprimir o atenuar la insoportable sensación de aniquilación total, al referirse a una vida futura, libre de la materia, con todas sus angustias y sufrimientos.

*Hace unos años, cuando la medicina curaba muy poco, la gente también acudía a los hospitales, cuyo objetivo, más que el de curarla, era el de ayudarla a bien morir, pues su fe era grande y necesitaba morir amparada por la religión*

Hace unos años, cuando la medicina curaba muy poco, la gente también acudía a los hospitales, cuyo objetivo, más que el de curarla, era el de ayudarla a bien morir, pues su fe era grande y necesitaba morir amparada por la religión. Por desgracia, actualmente vivimos una crisis profunda del sentido religioso que nos aparta de toda espiritualidad. Como ya hemos dicho, cuanto mayor ha sido el éxito logrado en el campo material, mayor ha sido también el olvido y abandono de aquellos valores espirituales sin los cuales la vida carece de sentido.

Estoy seguro de que el solo hecho de reflexionar sobre la muerte y su misterio influye favorablemente, por un lado, sobre nuestra conducta en el curso de la vida, haciéndonos comprender en

cada momento el valor relativo de la mayor parte de las cosas, incluso de las que más nos afectan, y por el otro, por ser el mejor camino para adoptar una actitud serena y tranquila en esos momentos en que se pierde la esperanza en la propia supervivencia. Debemos tener en cuenta que, si queremos vivir la vida plenamente y disfrutarla con alegría, lo primero que se debe procurar es perder el miedo a la muerte.

*Estoy seguro de que el solo hecho de reflexionar sobre la muerte y su misterio influye favorablemente, por un lado, sobre nuestra conducta en el curso de la vida, haciéndonos comprender en cada momento el valor relativo de la mayor parte de las cosas*

Mozart, el gran músico, en una conocida carta dirigida a su padre, se refiere a ello, y nos dice que "gracias a haberlo reflexionado a fondo, ha llegado al convencimiento de que, cuando se le acerca la hora, podrá recibirla como una amiga esperada y deseada". Evidentemente, ésa es la actitud de enfrentarse a la muerte dignamente, sin sentirse abrumado por su presencia, cosa que en nuestra sociedad no está prevista ni cultivada, sino al contrario, en nuestro mundo existe una falta total de interés por todo lo que no tenga una finalidad práctica inmediata. Y por ello, no nos debe extrañar que este tema sea rechazado como si fuera un tabú. La sociedad actual rechaza la muerte porque la teme profundamente, ya que representa la negación de todas sus motivaciones y así, intenta ignorarla o banalizarla, escondiéndola en el silencio del miedo.

Es evidente que, en el hecho de la muerte y su misterio, no hay nada que pueda restar ni un punto de su emotiva grandiosidad, tanto si tiene lugar

en las circunstancias más solemnes como en las más deplorables, precisamente porque su mensaje es el de mostrarnos el carácter efímero de todas las cosas. Lo que sí puede restarle dignidad es un comportamiento de exagerado egoísmo, como el del avaro que muere abrazado a sus caudales como si se los quisiera llevar al otro mundo, o el del hombre importante que sólo piensa en su jerarquía y los honores que se le deben, invocando todas las ayudas posibles para prolongar los pocos minutos que le quedan.

En cambio, podemos considerar sumamente ejemplar la muerte de Sócrates, que tuvo lugar en la prisión, rodeado de sus discípulos: cuando se presentaron aquéllos que le ofrecían la evasión y la libertad, no les quiso seguir, porque así enseñaba a los hombres a no tener miedo a la muerte ni a las penas y sufrimientos de esta vida. Se trata de una actitud que representa la renuncia de sí mismo y constituye, sin duda, el gran secreto de la dignidad, no sólo ante la muerte, sino ante otros muchos momentos culminantes de la vida. Y además, Sócrates, cuando estaba a punto de beber la cicuta mortal, dijo que consideraba la vida como una enfermedad que sólo podía curar la muerte, porque el otro mundo, siguió diciendo, por malo que sea, siempre será mejor que éste y, en caso de que no existiera, dejando éste no perdemos nada, porque no vale nada.

*Contamos con el ejemplo modélico de la muerte de Cristo que aceptó las máximas penas y sufrimientos con el fin de mantenerse fiel a una idea que trasciende el más allá de la vida*

Finalmente, en este sentido, contamos con el ejemplo modélico de la muerte de Cristo, el fundador de nuestra

religión, que aceptó las máximas penas y sufrimientos con el fin de mantenerse fiel a una idea que trasciende el más allá de la vida. Además, la práctica de su doctrina implica la meditación sobre los hechos, detalles y sufrimientos de la pasión, cosa que equivale a familiarizarse con esos pensamientos que contribuyen a hacer aceptable la propia muerte.

*Dada mi profesión y las circunstancias en que me he encontrado, he asistido a la muerte de muchas personas y he podido comprobar de forma constante cómo todas las angustias y sufrimientos desaparecen en los últimos momentos y, en cambio, aparecen en el rostro del moribundo las señales inconfundibles de una dulce tranquilidad, como de una liberación*

Dada mi profesión y las circunstancias en que me he encontrado, he tenido ocasión de asistir a la muerte de muchas personas y, en todas ellas, he podido comprobar de forma constante cómo todas las angustias y sufrimientos desaparecen en los últimos momentos y, en cambio, aparecen en el rostro del moribundo las señales inconfundibles de una dulce tranquilidad, como de una liberación. En alguno de estos casos, he tenido la ocasión de atender pacientes que, después de haber pasado por esos momentos finales en que se acaba la vida, se han podido recuperar, contra todos los augurios y, si después les preguntabas sobre las sensaciones experimentadas, todos respondían lo mismo: que se habían visto sumergidos en un estado sublime de liberación, y algunos añadían que, después, al volver al mundo de la realidad, se sintieron decepcionados al encontrarse nuevamente enfrentados a los problemas cotidianos.

Las mismas enfermedades de la vejez comportan muchas veces la pérdida

del sentido de la propia personalidad, de aquel yo opuesto a todo lo demás, cosa que contribuye mucho a suavizar el acontecimiento del tránsito y, como es natural, también debemos contar en las edades adelantadas con el amortecimiento de los grandes alicientes materiales de la vida. Recordemos, una vez más, que meditar sobre la muerte es meditar sobre el carácter efímero de todo lo que nos une a la vida: "qué dulce es haber podido experimentar todos los placeres y concupiscencias y haber podido comprobar el engaño que representan", nos dice Séneca en una de sus famosas cartas.

*Siempre he creído que la mejor manera de morir es poderlo hacer en el mismo ambiente donde ha transcurrido la vida y en compañía de los seres más próximos y queridos*

Siempre he creído que la mejor manera de morir es poderlo hacer en el mismo ambiente donde ha transcurrido la vida y en compañía de los seres más próximos y queridos, porque es indudable que el afecto establece nexos de comunicación sin necesidad de palabras, de forma que la muerte aparece, más que como un final, como una transferencia de vida, talmente como si la vida del que se va pudiera comunicarse con la de los que quedan, o que algo de ellos pudiera acompañarle al más allá.

Situados en este terreno, siempre recordaré la muerte de aquel pobre soldado herido de muerte que, al preguntarle sobre lo que más deseaba en ese momento, respondió, plenamente consciente de su estado, que lo que más deseaba era poder morir acompañado por la *sonanta*, que es lo que le había hecho pasar los mejores ratos. Los que le rodeábamos no sabíamos qué era la *sonanta*, hasta que uno de su grupo se

acercó con una guitarra y empezó a tocar una melodía, bajo el influjo de la cual desapareció toda la agitación y angustia que presentaba y entró en un estado de dulce tranquilidad, en el que murió insensiblemente. He aquí un ejemplo de "buena muerte", conseguida fácilmente con una simple guitarra, cuyos acordes le evocaban felices horas pasadas.

Todas esas condiciones, tan sencillas y efectivas como apretar una mano amiga en los últimos momentos, y que hasta hace poco estaban al alcance de todo el mundo en los instantes más críticos, ahora no son fáciles de aplicar, y son muchos los que no pueden morir en el mismo sitio donde han vivido, y se encuentran en otros lugares rodeados de gente desconocida.

*Un hecho importante a destacar es el de haber conseguido en nuestro tiempo combatir con éxito el dolor y los sufrimientos, del mismo modo que se ha conseguido controlar los dolores del parto, se ha hecho posible liberar la muerte de los temibles sufrimientos que la hacían más pavorosa, pudiendo entrar en ella como en un sueño*

Un hecho importante a destacar es el de haber conseguido en nuestro tiempo combatir con éxito el dolor y los sufrimientos, del mismo modo que se ha conseguido controlar los dolores del parto, se ha hecho posible liberar la muerte de los temibles sufrimientos que la hacían más pavorosa, pudiendo entrar en ella como en un sueño, obteniéndose la muerte pura y simple, desligada de todo lo demás. Con la aplicación de los medios proporcionados por la ciencia, se ha logrado un objetivo importante en el sentido de

la muerte dulce y tranquila. Y, si bien es verdad que esta forma de morir colateralmente puede acortar la vida, no tiene más que ventajas en aquellos casos de largas y penosas agonías, que no tiene ningún sentido prolongar.

*La sedación constituye un progreso indiscutible en el sentido de la buena muerte*

Por este camino, entramos en el terreno de la sedación que, como se ha expuesto, constituye un progreso indiscutible en el sentido de la buena muerte. Sin embargo, debemos tener en cuenta que la sedación, sin quitarle mérito a sus evidentes ventajas cuando está bien aplicada, no es un hecho natural y, como todas las creaciones humanas, presenta dos caras o aspectos diferentes según el uso o aplicación que de ella se haga, hasta el punto

de que su mal uso puede convertirla en un simple medio de liquidación o de exterminio. Ciertamente, hay problemas de aplicación de la sedación, pero éstos no son los únicos, existen también los problemas relacionados con la eutanasia y la ayuda al suicidio.

El gran progreso de la ciencia y la técnica ha prolongado la vida y aumentado considerablemente el número de gente propecta. Hay que reconocer que el adelanto en el sentido material ha sido considerable, pero, también, que un adelanto paralelo, en el sentido espiritual de proporcionar a esa población una vida con más alicientes y menos tristeza, no se ha conseguido.





### 3. Sobre el declive físico y el consuelo espiritual de los ancianos

En estos momentos me encuentro en plena vejez, en la última etapa de la vida de mi cuerpo material y, por tanto, sobre esta etapa puedo hablar con un cierto conocimiento derivado de la propia experiencia personal.

Para empezar, debemos señalar que, desde ese punto de vista material, la vejez es una fase donde se acumulan las pérdidas en todos los sentidos, pues el cuerpo es como una máquina que se degrada con el uso y el tiempo y, en ella, todo nos hace prever la proximidad de la muerte, que representa el fin de todo. Es una verdadera pena comprobar cómo todas las facultades físicas de las que estábamos tan contentos se van marchitando, igual que las flores separadas de la planta, hecho que se manifiesta visiblemente.

*La vejez es una fase donde se acumulan las pérdidas en todos los sentidos, pues el cuerpo es como una máquina que se degrada con el uso y el tiempo y, en ella, todo nos hace prever la proximidad de la muerte*

La piel pierde su turgencia y se vuelve seca y arrugada por la pérdida del tejido elástico de la dermis y la deshidratación. Los cabellos y los dientes tienden a caer. El esqueleto también se modifica, se vuelve frágil y se deforma, los discos intervertebrales se debilitan, así como los cuerpos de las vértebras; las articulaciones se vuelven dolorosas y tienden a la rigidez, y todo ello dificulta la locomoción y provoca que el conjunto de la figura también se deforme, porque tiende a encogerse y a inclinarse hacia delante, dando una imagen inconfundible de la etapa final en la que uno se encuentra.

Además de esas alteraciones visibles de la piel y el esqueleto, debemos añadir un proceso progresivo de atrofia muscular, con la correspondiente pérdida de fuerza física y un declive rápido en la agudeza de los órganos de los sentidos. También debemos tener en cuenta que el organismo empobrecido se defiende mal frente a las agresiones externas. Esta declinación general y ostensible no es accidental, sino que es ley de vida para todos, y aquél que vive muchos años, por mucho que se obstine, no se escapa de la vejez como preludio de la muerte. Hay que tener en cuenta que el tiempo cronológico no se corresponde exactamente con el biológico. Se ha comparado este declive general con una pendiente que nos tiene preparada la naturaleza como antesala de la muerte, y por la cual debemos ir rodando sin resistencia.

Ese declive se ve acelerado o retrasado por varios factores, como son las enfermedades crónicas, el estrés y toda clase de percances y disgustos, por una parte, y por la salud, el entorno, la herencia, los hábitos y el nivel de vida, por otra. Pero de todas formas, más deprisa o más lentamente, la vejez no perdona y sigue su curso inexorable para hacernos más aceptable el tránsito final.

Todos esos cambios somáticos se manifiestan a los ojos de todo el mundo, pues afectan ostensiblemente la morfología del cuerpo, de manera que no hay nadie que, a simple vista, no pueda deducir con mucha aproximación la edad de la persona examinada.

A esa degradación lamentable de la parte física o corporal de nuestra persona, debemos añadir los problemas que todo ello comporta en la parte psíquica o mental del anciano, sobre todo en las sociedades evolucionadas como la nuestra, donde todo es rápido y cambiante, tanto las costumbres como las técnicas. En este sentido, los jóvenes

son perfectamente capaces de asimilar los nuevos conocimientos y técnicas, mientras que al anciano le resulta muy difícil captar las nuevas revelaciones y sigue adoptando sus viejas costumbres, cosa que hace difícil su adaptación, y lo mantiene aislado del mundo que le rodea. Cuanto más firme se mantiene en sus puntos de referencia, más se aparta de la nueva época, dado que estar al día en nuestra sociedad, en cualquier campo, requiere una agilidad mental que el anciano va perdiendo poco a poco. El momento de la jubilación, cuando se ve obligado a dejar el trabajo habitual, equivale a pasar de la categoría de persona o de individuo activo a la de inactivo y clasificado como anciano inútil, cosa que resulta muy difícil de asumir psicológicamente.

El progreso técnico descalifica al trabajador anciano, que queda amenazado por la indigencia. También debemos tener en cuenta que la edad del envejecimiento también depende de las profesiones y que, muchas veces, los ancianos pueden continuar su trabajo, incluso en trabajos arduos, si pueden seguir el mismo hábito de hacerlo. Pero a pesar de todo, llega un momento en que la fatiga y la enfermedad acaban imponiendo la necesidad de reposo.

*A la lamentable degradación física, se le debe añadir otra degradación, igualmente lamentable, en el plano psicológico y social*

Tal como se ha dicho, la jubilación o el hecho de dejar el trabajo es un momento importante de la vida. Muchas veces, todavía existen posibilidades y ganas de realizarlo, porque el trabajo llena la vida y su interrupción genera un vacío difícil de colmar, creando una

sensación penosa, al verse convertido el jubilado en una persona sin actividad útil, en una supervivencia sin objetivo.

Así es cómo, a la lamentable degradación física, se le debe añadir otra degradación, igualmente lamentable, en el plano psicológico y social. Actualmente, pese al gran esfuerzo que se está haciendo para mantener un sistema de subvenciones para los trabajadores ancianos, éstos resultan insuficientes y su aumento está lejos de seguir el crecimiento del coste de la vida.

Esas situaciones no son exclusivas de ahora, lo que pasa es que antes, no hace más de un siglo, era normal que, en una economía predominantemente agraria, el anciano concluyera sus días en el seno de una familia plurigeneracional y en una atmósfera de afectuoso respeto, tanto por verdadero afecto como por mero cumplimiento de antiguas costumbres y normas éticas muy arraigadas, cuyo incumplimiento era muy mal visto por todo el mundo.

Sobre este punto, hay una antigua leyenda germánica muy conocida. Es el caso de un matrimonio que vivía en el campo con sus hijos y un abuelo, que era el padre del hombre. Después de una mala racha, marido y mujer deciden llevar al anciano al hospicio y, al día siguiente, el marido ayuda a su padre a hacer un paquetito con sus cosas, y los dos emprenden la ruta. Después de unas horas de caminar y sintiéndose cansados, se sientan sobre una piedra al lado del camino y el anciano explica a su hijo que eso le recuerda que, cuando era joven como él, también había hecho el mismo camino con su padre y también se habían sentado en la misma piedra. Al oír esto, el hijo, que no tenía la conciencia demasiado tranquila, se levanta y dice a su padre que regresen de nuevo a casa.

Creo que esta fábula tiene un gran sentido moral, ya que indica el estado de ánimo del hijo, que es consciente de realizar una mala acción, contraria a los deberes que imponen las buenas costumbres y, además, el relato del padre

revela la importancia real de la tradición, que nos dice que el anciano debe acabar sus días en su casa, rodeado de familiares y que sus hijos se encontrarán aleccionados con su propio ejemplo.

Se comprende perfectamente que la entrada en el hospicio se considerara un gran drama para los ancianos, no sólo por la separación de la familia, sino por las condiciones de extrema miseria que, según testimonios de aquella época, presentaban esas instituciones. Y según ellos, eran verdaderas antepasadas de la muerte, verdaderos locales de mendigos desgraciados, amontonamiento de inválidos, con el único objetivo de dar un mínimo alojamiento, a menudo con una promiscuidad espantosa y un mínimo de alimentación.

Debemos reconocer que ahora las cosas han cambiado, al menos en nuestro mundo occidental. La sociedad agraria, con sus casas solariegas donde convivían varias generaciones, casi ha desaparecido y se ha sustituido por otra de tipo industrial y comercial, que ha hecho que una gran mayoría abandonara el campo, amontonándose en las grandes ciudades. En la ciudad, la mayoría de familias viven en pisos pequeños, donde muchas veces se queda el anciano sin compañía.

Esto y el gran aumento de la población anciana han generado la necesidad de crear residencias, cosa que se ha realizado en la mayoría de países civilizados, abriendo centros más o menos confortables donde los ancianos pueden ser debidamente acogidos. Sin embargo, esta mejora social resulta difícil de sostener, dado el aumento considerable de ancianos necesitados, que se está incrementando a escala geométrica en nuestra época, y el alto coste que ello representa.

En ese sentido, debemos reconocer que, con las pensiones y las residencias, se han hecho progresos y experiencias importantes, pero no acaban de solucionar el problema. Aun así, mejoran la situación humillante del anciano, permitiéndole un mínimo de vida social.

Una de las experiencias más famosas es sin duda la que tuvo lugar en Dinamarca con la ciudad de los ancianos. Se trataba de acoger a los ancianos desamparados en una especie de pueblo o barrio de Copenhague, donde todo estaba planeado para atender a la gente provecta con apartamentos adecuados, servicios sanitarios, jardines, etc... Esta iniciativa se emprendió con gran éxito en el año 1919. Seguidamente, imitaron el ejemplo países como Suecia, Alemania e Inglaterra, pero al final no tuvo el éxito que se esperaba, ya que el mantenimiento resultaba muy costoso y, además, se descubrió que a los ancianos no les gustaba verse rodeados sólo por otros ancianos y preferían la compañía de los jóvenes, de manera que, cuando fui a Copenhague en los años sesenta, ya no funcionaba la célebre experiencia de la ciudad de los ancianos.

*En la última fase de la vida, todo es triste y degradante. Pero sólo desde el punto de vista material, porque, visto desde la perspectiva mental y espiritual, la cosa no es así, pues, en este sentido, la vejez no sólo tiene sus propios alicientes, sino que éstos son muy superiores a los que pueden acompañar la juventud con sus ilusiones y placeres*

Como puede comprobarse, en la última fase de la vida, todo es triste y degradante. Pero sólo desde el punto de vista material, porque, visto desde la perspectiva mental y espiritual, la cosa no es así, pues, en este sentido, la vejez no sólo tiene sus propios alicientes, sino que éstos son muy superiores a los que pueden acompañar la juventud con sus ilusiones y placeres.

Así como el joven y el anciano son corporalmente diferentes, también lo

son mentalmente. En primer lugar, el joven, como hemos dicho, tiene el pensamiento puesto en el futuro, mientras que el anciano mira al pasado, donde tiene un mundo lleno de recuerdos que frecuentemente se le aparecen en la imaginación: las personas queridas con las que había convivido y habían alegrado su vida, que ahora ya no existen, paisajes maravillosos donde había pasado momentos felices, que ahora se le aparecen como si los volviera a vivir y, además, como sea que muchas veces las cosas se repiten, el anciano sabe muchas más que los otros aún no saben, y por eso necesitan de él. Todo esto es como si llevara un tesoro escondido, dispuesto a reaparecer y disfrutar a la medida de su gusto, pero, por otra parte, esa misma memoria le hace comprender que en este mundo no hay nada permanente, que todo es efímero y pasa como una exhalación y que todas las cosas que le habían parecido más sólidas y consistentes también acababan desapareciendo. Puede recordar también cómo aquellos placeres y deseos que con tanto afán había perseguido buscando la felicidad no eran más que falsas ilusiones, que muchas veces escondían un engaño. Con las numerosas experiencias acumuladas, no le es difícil comprender que lo que domina en la vida material no son los placeres y alegrías, sino que son las desgracias, angustias y sufrimientos y un gran vacío existencial que muchos intentan llenar vanamente de distracción frenética o con abundancia de bienes materiales. Es decir, cuanto más se piensa y se medita sobre la vida pasada, más fácil le resulta la renuncia al mundo material, y la entrada en un estado de armónica serenidad que le permitirá la aceptación de su fin natural.

El joven, en cambio, vive unido a su cuerpo material, con sus pasiones, placeres y deseos, pero también con sus penas y desengaños. Se le presenta la vida como si no tuviera fin, con las más grandes ilusiones y todas sus incertidumbres, buscando la supervivencia

con una seguridad que no existe y, si consigue lograr una situación de bienestar, el miedo a perderla se convierte en el factor dominante, considerando que todo lo que posee es importantísimo y, al fin y al cabo, no es nada en comparación a lo que representa la vida, con sus enigmas e interrogantes.

*Al anciano cuanto más piensa y medita sobre la vida pasada, más fácil le resulta la renuncia al mundo material, y la entrada en un estado de armónica serenidad que le permitirá la aceptación de su fin natural*

Así como el joven ha vivido con su yo unido a su cuerpo material con todos sus deseos, placeres y miserias, el anciano, que ve la degradación de aquel cuerpo con el que había vivido y considerado como el todo, ahora ve que no es nada y comprende que, si quiere encontrar un sentido a la vida, debe apartar su atención de ese falso mundo de deseos en que nos encontramos y fijar toda la atención en su propio interior, en el campo ilimitado de su vida espiritual, con un proceso de reflexión profunda, procurando unir su yo con el espíritu eterno y escondido que todos llevamos dentro, que nos une al infinito, al espíritu universal que no tiene principio ni fin, esperando la muerte como una liberación. Esa visión espiritual constituye la etapa más elevada a la que puede llegar el hombre con su pensamiento, y se confunde con el mundo de la mística.

*Esa visión espiritual constituye la etapa más elevada a la que puede llegar el hombre con su pensamiento, y se confunde con el mundo de la mística*

En conjunto, la vida se ha comparado con la ascensión a una montaña empinada, donde, primero, el camino se nos presenta fácil y lleno de ilusiones, pero después se va volviendo cada vez más áspero, hasta llegar a un punto donde la aridez y la soledad pueden llegar a ser extremas, pero si entonces tenemos la suerte de podernos detener y echar una mirada atrás, se presenta a nuestra vista un paisaje inmenso y maravilloso, inimaginable, que es la imagen de la realidad de nuestra vida.

#### REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS:

1. Frankl V.: El Hombre en busca de sentido. Madrid, Herder, 1971.
2. Spengler O.: La decadencia de Occidente. Madrid, Espasa Calpe, 1925.
3. Zimmer H.R.: Philosophies of India. Princeton, J. Campbell, 1951.
4. Popper K.: El yo y su cerebro. Barcelona, Labor, 1977.
5. Keyserling C.: Del sufrimiento a la plenitud. Buenos Aires, Sur, 1938.

## apunte

“Nadie como él simboliza al médico ejemplar. Por su carrera y su profundidad”

*Jacint Corbella, Presidente Reial Acadèmia de Medicina*

“Un ser excepcional, con un gran sentido del valor universitario. Él dice que sus 100 años son mérito de la naturaleza, pero creo que algo tiene que ver su pensamiento”

*Ciril Rozman, Médico hematólogo*

“Una figura ejemplar, cirujano innovador y humanista en el sentido estricto de las palabras, y un hombre profundamente religioso”

*Francesc Abel, Presidente Institut Borja de Bioètica*

“El Dr. Broggi es un sabio en todos los sentidos. Desde la fe profunda en la Medicina nos hace ver la necesidad urgente de recuperar valores perdidos”

*Núria Terribas, Directora Institut Borja de Bioètica*

con la colaboración de

CAIXA CATALUNYA  
OBRA SOCIAL



## Biografía de Moisés Broggi Vallès

- > **1908** – Nace en la ciudad de Barcelona.
- > **1931** – Se licencia en Medicina en la Universidad de Barcelona. Obtiene el premio extraordinario de licenciatura.
- > **1935** – Se doctora en Medicina y empieza a ejercer como médico en el Hospital Clínico de Barcelona.
- > **1937** – Movilizado como jefe del equipo quirúrgico con destino en las Brigadas Internacionales, con el grado de capitán.
- > **1945-51** – Encargado del servicio quirúrgico del Sanatorio “La flor de Mayo” para enfermos torácicos.
- > **1964** – Deviene miembro de la Academy of Law and Science de Nueva York.
- > **1966** – Es elegido miembro numerario de la Real Academia de Medicina de Cataluña.
- > **1970-75** – Presidente del Instituto Médico Farmacéutico de Barcelona.
- > **1977-87** – Presidente de la Comisión Deontológica del Colegio Oficial de Médicos de Barcelona.
- > **1979-93** – Presidente de la Real Academia de Medicina de Barcelona.
- > **1980** – Obtiene el Premio Virgili, concedido por la Sociedad Catalana de Cirugía.
- > **1982** – Es condecorado con la Cruz de Sant Jordi por la Generalitat de Cataluña.
- > **1985** – Es elegido vicepresidente del patronato del Institut Borja de Bioètica.
- > **1994** – Presidente de honor del Instituto Médico Farmacéutico. Medalla de oro de la ciudad de Barcelona.
- > **1995-99** – Presidente del Institut Borja de Bioètica.
- > **1998** – Presidente de la Fundación Letamendi-Forns.
- > **1999** – Presidente de honor del Institut Borja de Bioètica.
- > **2001** – Publicación de la primera parte de sus memorias: “Memorias de un cirujano (1908-1945)”.
- > **2005** – Publicación de la segunda parte de sus memorias: “Años de plenitud. Memorias de un cirujano (1945-2005)”.
- > **2008** – Celebración de su centenario. Recibe la medalla de oro de la Generalitat de Cataluña.

